EL ENT Y EL ORCO
(Por Francisco Mesa Fernández en homenaje al mundo de JRR Tolkien)

Sauce Raizpesada había abandonado el viejo bosque de Fangorn, tras ver que la mayoría de sus semejantes se habían sumido en El Sueño Eterno. Verlos tan quietos y sin escuchar sus voces, le hacía sentirse profundamente triste y solitario. Sus camaradas Ents se habían ido para siempre.

Desde entonces, se había conformado con sentir a los pájaros en sus fuertes ramas. También le gustaba escuchar sus cantos y revoloteos primaverales. Pero al final llegó el momento en que Sauce Raizpesada ya no pudo llenar el vacío de su soledad con los pájaros. Hasta los elfos, se habían marchado.

En un desesperado intento por huir de su soledad, Sauce Raizpesada había decidido partir en la búsqueda de los elfos y, si era posible, también de otros Ents. Pero tras La Guerra del Anillo, casi todos los elfos parecían haberse esfumado para siempre, y no pasaron muchos años hasta que uno tras otro, todos los Ents habían dejado de moverse, convirtiéndose en árboles normales.

Aún así, Raizpesada había caminado paciente, en la búsqueda de alguna criatura antigua con la que hablar y desahogar su soledad. Tanto caminó, que sin contar siquiera el tiempo transcurrido, atravesó todo Issengard y la amplia tierra de Enedwaith, llegando hasta donde rompían las olas en una pequeña playa de la región.

Allí pudo ver a una criatura sentada en la arena, que parecía mirar al horizonte con nostalgia. Estaba protegida con una armadura vieja y oxidada, de apariencia muy antigua. A su derecha, una gran hacha también muy vieja, reposaba inmóvil como su dueño.

Sauce Raizpesada se quedó inmóvil e inquieto. Hasta ahora, en lo extenso de su viaje, se había ocultado astutamente de los humanos simulando ser un sauce corriente, y había tenido suerte, porque muchas veces los hombres talaban los árboles para usarlos en su beneficio.

Pero algo hizo despertar la ira en el robusto Ent: La Mano Blanca de Saruman que se dibujaba en el arma de la criatura. En ese mismo instante, Raizpesada recordó el daño que los orcos habían hecho a muchos Ents y árboles normales, mientras servían a Saruman: Cientos de árboles talados para servir a un señor del mal y la tiranía, favorecido por el ansia de poder de un mago enloquecido.

Raizpesada rugió colérico, levantando sus poderosas ramas y dispuesto a despedazar a la criatura que se dio la vuelta asustada y sorprendida. Efectivamente, se trataba de un orco. La última criatura que Raizpesada esperaba encontrarse. Pero el grotesco ser ni siquiera intentó defenderse con su pesada hacha al ver al poderoso Ent abalanzarse sobre él. En su lugar, el lastimoso orco se limitó a pedir clemencia.

-¡Tenga piedad, habitante de Fangorn!, ¡Hace ya muchos años que no hago maldades!

-¿Pides clemencia? –Preguntó furioso el Ent- ¿Tú que torturaste a seres bondadosos y ayudaste al perverso Saruman?

-¡Tenga piedad, por favor! ¡Estoy arrepentido y ya no soy malvado! ¡La destrucción del anillo me dejó libre!

-¿Libre de qué?, ¿De tu señor o de tu maldad?

-¡De ambas cosas, habitante de Fangorn! sólo cazo pequeños animales que me sirvan de alimento. Y perdóneme ¡Oh, poderoso Ent! Si alguna vez he cogido ramas de árboles para hacer un fuego que me dé calor en noches frías.

-¿Por qué iba a creerte? De sobra conozco las vilezas y traiciones de los orcos. Habrás de darme una prueba que pueda creer.

-Si así lo deseas, entonces coge mi hacha –dijo extendiéndole a Sauce Raizpesada su gran arma- Sin ella no puedo hacerte daño. Ni a ti, ni a ninguna otra criatura.

Con cierta desconfianza, el Ent de Fangorn cogió el arma para dejarla a buen recaudo, en lo alto de sus ramas de forma que el orco no tuviera la tentación de querer recuperarla. Pero con gran sorpresa, Sauce Raizpesada se percató además de que el orco ni siquiera había intentado huir de su temida presencia.

Aquello conmovió en cierta medida al gran Ent, que viendo tristeza en los ojos de aquella criatura se aventuró a hablar más con ella.

-¿Tu también estás solo?

-Así es, poderoso Ent –Contestó el orco-. Muchos de los míos murieron bajo las espadas de los jinetes de Rohan. Pero ahora puedo decir que esos fueron los más afortunados.

-¿Por qué? –Preguntó extrañado Sauce Raizpesada- ¿Qué les pasó al resto?

-Se volvieron más salvajes y caníbales. Mucho más que antes. Nunca aprendieron a cazar y se masacraron entre ellos.

-Razón no te falta. ¿Cuál es tu nombre?

-Mi nombre era Barak El Decapitador. Fui un poderoso lugarteniente orco. Pero escapé de mis soldados con cuatro fieles que aún me obedecían, en la búsqueda de otros orcos cuerdos como nosotros.

-Yo me llamo Sauce Raizpesada. No era una figura muy destacable entre los míos. Pero me amaban. ¿Dónde están ahora tus fieles?

-Muertos por el filo de espadas humanas. Pero no les odio. Nosotros éramos los derrotados. He tardado muchos años en comprenderlo. Pero era normal que nos odiaran. Como también era normal que nosotros les odiáramos a ellos.

-Son palabras extrañas viniendo de un orco. ¿No encontraste a otros como tú?

-No –dijo el orco con tristeza- No encontré a ninguno. Creo que ahora soy el último. Pero tú… ¿Por qué estás solo?

-Los míos se fueron durmiendo poco a poco. Ahora, se han convertido en árboles normales. Creo que es porque se pusieron tristes. Perdimos a las Ents-mujeres hace ya mucho tiempo.

-Pero os teníais los unos a los otros –dijo el orco extrañado- ¿Alguno de ellos te dijo algo antes de dormirse?

-No. Simplemente… se durmieron.

-Y no entiendes la causa de seguir en este lugar, sin transformarte en lo mismo que ellos.

-Exactamente –respondió seguro el poderoso Ent.

-Pues hasta hace unos minutos, pensaba lo mismo que tú. No entendía la causa de seguir en la Tierra Media. Ser el último orco es algo triste y doloroso. También te ocurre lo mismo. Eres el último Ent y te sientes igual que yo. Pero creo que ya sé la causa de que los dos estemos aquí.

-¿En serio? ¿Cual crees que es la causa entonces de que aún estemos aquí tal y como somos?

-Fíjate que estamos en La Era de los Hombres –respondió de forma solemne el orco- Nosotros nos encontramos fuera de lugar. Tuvimos nuestro pasado. Hicimos nuestras batallas y heroicidades y forjamos la historia de La Tierra Media. Pero a nosotros dos, ya no nos queda nada más que hacer aquí.

-Quieres decir que nuestro momento ha terminado. Que ya no tiene sentido seguir en La Tierra Media.

-Así es –dijo con cierta tristeza el orco-. Nuestra presencia ahora es algo anómalo y desconcertante. Si los hombres nos vieran, nos matarían en el mejor de los casos pues ahora somos seres raros. Es más probable que nos capturasen y utilizasen para saciar su curiosidad y

divertimento.

-¿Y qué podemos hacer? –Preguntó dolido el Ent-. Morir sin sentido… no es digno de un Ent. Un Ent ha de vivir. No dejarse morir.

-Lo único que podemos hacer –prosiguió el orco- es aceptar que nosotros ya no pertenecemos a esta Era.

-Empiezo a comprender. Los elfos lo aceptaron y se marcharon a Las Tierras Imperecederas. Los orcos lo aceptaron, y murieron bajo la espada de los Rohirrim o las suyas propias. Por último, los míos, también lo aceptaron transformándose en árboles normales. Tiene mucho sentido, sabio orco. Tus palabras son las de un elfo.

Entonces ocurrió algo hermoso e inesperado. De Barak comenzó a brotar una poderosa luz, que envolvió todo su cuerpo y comenzó a transformarlo. La piel antes verde, se volvió de un color blanco y hermoso. Los amarillos ojos de serpiente cambiaron a ojos azules y almendrados. De su calva cabeza, brotó un liso y hermoso cabello blanco, y su figura antes gorda y encorvada, se hizo alta y esbelta. Barak había dejado de ser un orco para ser un elfo.

-¿¡Qué me está ocurriendo!? –Gritó Barak sorprendido- ¡Me he transformado en un elfo!

-Yo tampoco salgo del asombro –afirmó Sauce Raizpesada- ¿Un elfo? ¿Y por qué ahora?

-No parece tener explicación alguna –terminó el nuevo elfo mirándose las manos y el cuerpo sorprendido.

Sauce Raizpesada se tocó su rugosa barbilla, mientras miraba al nuevo elfo y meditaba. De repente, como si de un golpe de inspiración se tratara, el robusto Ent de Fangorn comenzó a comprender las cosas.

-Los orcos no fueron siempre orcos –dijo el Ent a Barak-. Si mal no recuerdo, antes erais elfos. Fue Melkor con su vil magia negra el que os corrompió. ¡Has sido perdonado! ¡El elfo que un día muy lejano fuiste, ha vuelto!

-Pero seguimos estando solos a pesar de todo. Los nuestros, seamos lo que seamos, se han ido. Porque ahora sólo quedan animales y hombres.

-No es cierto, nuevo elfo -dijo el Ent-. Nosotros seguimos vivos y las historias que ahora contarán los hombres. Antes éramos aliados o enemigos para ellos. Pero ahora, seremos ilusiones y leyendas. Cuentos que a muchos harán felices e historias que a otros harán más libres. Pero nuestro recuerdo no acabará aquí, porque ellos inventarán más historias. El mundo cambiará y el hombre también. Pero nuestro recuerdo y las nuevas historias perdurarán para siempre.

-Y muchos hablarán de nosotros aun no habiéndonos conocido –afirmó Barak, el elfo-. Me resulta ahora tan extraño ser un elfo y formar parte de esta historia… Tal vez algún día sea contada y me gustaría que mi nombre como elfo fuera Balandir ¿No crees?

-Así es –dijo el Ent sintiendo que de repente un gran cansancio lo asaltaba.

-Pero no sé cómo ir a Las Tierras Imperecederas. Sigo estando perdido y desconozco si los elfos me aceptarían allí.

-Ellos te aceptarán –dijo triste y cansado el Ent- y tú debes ir con ellos, porque ahora eres Balandir el amigo de los Ents. Respetas las cosas y amas la naturaleza. Eres un elfo auténtico.

-Pero no tengo barco y… ¿Sabes cuantos árboles hay que talar para hacer un barco pequeño? ¡No puedo matar tantos! ¡No tienen la culpa! Además, desconozco cómo llegar hasta allí.

-Los Valar aman a los elfos –dijo convencido Sauce Raizpesada-. Ellos te llevarán hasta allí. Ulmo dejará las aguas tranquilas y creará corrientes que te lleven hasta aquellas lejanas y misteriosas tierras.

-¡Pero… y los árboles! No pueden morir. Tendría que matar a decenas de ellos.

-Ummh… Árboles sí... Tendrías que talar muchos. Pero Ents, sólo uno.

-¡No puedo talarte! –Gritó Balandir- ¡Eres mi único amigo!

-Escúchame, Balandir. Me estoy durmiendo tras haber comprendido que mi historia ya ha terminado en este mundo. Pronto dejaré de ser un Ent. Es triste que me tales, pero no debo permitir que muchos árboles sean talados por uno que no tardaría mucho en morir. Los vi secarse, mi querido Balandir –dijo Sauce llorando con gran desconsuelo a través de sus largas y decaídas ramas-. No a todos, pero se estaban secando al poco tiempo de haberse convertido en árboles normales. Usa mi madera para construir tu barco, y al menos sabré que El Último Ent ayudó a El Último Elfo que antes fue orco. Cuéntales a todos sobre mí. Háblales de Sauce Raizpesada.

Balandir contempló con tristeza cómo el gran Ent le entregaba el hacha. Aun así, no lo taló en el acto. Siguió hablando con él, hasta que sus ojos se cerraron. Recordaron momentos de La Guerra del Anillo y hablaron de muchas cosas, hasta que finalmente, Sauce Raizprofunda se durmió, desapareciendo para siempre los ojos y rasgos de Ent que alguna vez tuvo. Balandir lloró por la muerte de su amigo Ent. Cada vez que talaba con su hacha, y cada vez que moldeaba su madera para hacer su barca, una lágrima brotaba de su hermoso rostro.

El nuevo elfo, terminada su barca, la dejó flotar en el mar y partió hacia aquellas tierras lejanas que llamaban imperecederas, desapareciendo para siempre en el horizonte.